

## *Introducción*

### *Las nuevas encrucijadas culturales*

“Una vez que cruzamos una frontera, no podemos esperar que la frontera permanezca igual. Está marcada por nuestro pasaje”.

Erín Moure

La cultura contemporánea se caracteriza cada vez más por los cruces de fronteras, entendidos no simplemente de manera literal como ejemplos de la movilidad física a través de las fronteras geopolíticas entre naciones, sino, sobre todo, de la permeabilidad de las fronteras culturales, lingüísticas y simbólicas. Los cruces de fronteras se refieren también, especialmente en los estudios culturales, a las prácticas transfronterizas de negociación cultural, los procesos de transculturación e hibridación, tanto como a las simbólicas intersecciones y encrucijadas de categorías sociales, culturales e identitarias de género, clase, orientación sexual, raza y etnia. A ello se debe añadir la movilidad económica y virtual de las telecomunicaciones, así como los procesos interculturales y transculturales resultantes de dichas movildades transnacionales, particularmente exacerbados con la globalización política, tecnológica, económica y cultural (Manuel Castells, Néstor García Canclini).

El concepto de “desterritorialización” se asocia tradicionalmente con la pérdida de identidad y el debilitamiento de la relación entre individuo y territorio, de manera paradigmática en el caso de los sujetos emigrantes y exiliados, según razonaron Deleuze y Guattari y desarrollaron posteriormente otros críticos como García Canclini, en relación con los efectos de la globalización en las culturas modernas. La desterritorialización también está relacionada con el concepto de Habermas de lo posnacional, entendido como un cambio paradigmático con respecto a la perspectiva monolítica del Estado-nación, que teorizó después de las grandes diásporas de la Segunda Guerra Mundial y los efectos de la globalización. La

desterritorialización puede acarrear experiencias traumáticas y de desarraigo, pero también de redefinición de la identidad. En términos generales, el concepto de desterritorialización tiende a reflejar el cambio de las relaciones espaciales con la globalización de la economía, la política y la cultura, desencadenada por el desarrollo tecnológico de información digital y virtualidad y las nuevas corrientes del capitalismo global. En este sentido, podríamos pensar en la desterritorialización como el efecto de la transformación contemporánea de formas de vida, trabajo, y prácticas culturales, en términos de la erosión de las demarcaciones físicas tradicionales. La desterritorialización también implicaría la transculturación y formación de nuevas identidades compartidas, tanto individuales como colectivas, como los trabajos de Fernando Ortiz, Néstor García Canclini y Homi Bhabha han demostrado en el caso de la identidades culturales poscoloniales.

Desde la perspectiva de los estudios culturales ibéricos que denominamos poshispánicos, estaríamos hablando también de cruces de fronteras conceptuales y disciplinarias, de superación de los estudios filológicos tradicionales bajo reductivos prismas unitarios nacionales o incluso subnacionales. Se hacen necesarias nuevas cartografías culturales para tratar las realidades e identidades y las culturas fronterizas marcadas por la movilidad, la emigración, el exilio, fenómenos demográficos de la modernidad especialmente acrecentados en la era de la globalización. El fenómeno de la desterritorialización cultural necesita también una desterritorialización disciplinaria, una reconsideración cartográfica que exige revisar las relaciones tradicionales de territorio, lengua y cultura, o como dice Paul Gilroy, esa “encrucijada fatal del concepto de nacionalidad y el concepto de cultura” (2) en el caso de las culturas transatlánticas afroamericanas.<sup>1</sup> En este libro, los cruces de fronteras se refieren específicamente a las prácticas culturales y representaciones literarias y visuales de estas encrucijadas en el ámbito poshispánico, en el marco de los siglos xx y xxi. Proponemos así un corrimiento desterritorializador hacia la transnacionalidad y hacia la multi o transdisciplinareidad que atraviesa los estudios literarios, las artes visuales y otros discursos y prácticas culturales.

Transnacionalidad, globalización y poshispanismo son conceptualizaciones que están íntimamente interrelacionadas desde la perspectiva de los estudios ibéricos en el siglo xxi. Transnacionalidad se refiere a la condición de habitar espacios entre naciones y culturas, y con ello a los procesos, prácticas y negociaciones culturales, y las subsecuentes redefiniciones identitarias. Históricamente ha sido la condición propia de los emigrantes y los exiliados, y de todos aquellos que viven en las intersec-

<sup>1</sup> Todas las traducciones son mías.

ciones y los espacios intermedios, o los “terceros espacios” de la hibridez. La transnacionalidad en la que se desarrollan en la actualidad las vidas de los ciudadanos globales, en su variada condición de viajeros, emigrantes, expatriados, refugiados, turistas, científicos, estudiantes, trabajadores desplazados y consumidores, representa una nueva fase del capitalismo internacional poscolonial. Esta forma de transnacionalidad global mantiene los canales y estructuras heredadas del pasado, reforzando las asimetrías de poder (económico, político, cultural) entre naciones, pero se distingue de las anteriores fases de mundialización capitalista, caracterizándose por la velocidad, la virtualidad y su implantación a escala planetaria, y por ello constituye una nueva etapa con respecto a la movilidad de las diásporas históricas, las colonizaciones, emigraciones y exilios, en cuanto a escala, intensidad y dispersión geográfica. La globalización a su vez ha afectado la formación de las identidades culturales, los procesos de construcción de memorias colectivas y los canales de acción y contestación social y política, así como las definiciones de las subjetividades de género, clase, raza/etnia, orientación sexual, resituadas entre lo local y lo global.

La realidad de la globalización política, económica y cultural, y la ideología neoliberal mercantilista, desarrollada implacablemente desde finales del siglo xx, han cambiado radicalmente las condiciones de vida y trabajo de los ciudadanos del mundo. El desarrollo tecnológico y financiero, la revolución digital y de las comunicaciones, y las estrategias *low cost* aplicadas a todas las facetas de la realidad social, han promovido la movilidad física y virtual de personas, capitales, productos y manifestaciones culturales, de manera incomparable con otros periodos históricos. Igualmente, estos cambios han provocado la crisis de los paradigmas clásicos, del Estado-nación, de la memoria colectiva, de la cultura letrada y, a su vez, nuevas realidades transnacionales como la crisis económica mundial y la crisis global del medio ambiente, con incendios, inundaciones, plagas y pandemias de proporciones apocalípticas que no respetan fronteras, como la COVID-19 planetaria ha demostrado trágicamente, y al mismo tiempo han acrecentado las interdependencias y asimetrías entre naciones y culturas.

Estos cambios paradigmáticos globales no podían dejar de afectar a las disciplinas académicas. La insuficiencia y obsolescencia de los modelos disciplinarios clásicos, insulares y limitados, han sido exacerbadas por la globalización, revelando sus fisuras y limitaciones. La crisis de los modelos tradicionales en los estudios hispánicos, iniciada en las últimas décadas del siglo xx, es parte de una crisis más grande de las grandes narrativas disciplinarias, de los modelos filológicos, las literaturas nacionales y las ideologías posimperiales, que en el contexto económico, político y cultural de la globalización, los flujos humanos y comerciales, y las comunicaciones digitales, se ven agotados e incapaces de enfren-

tarse a la realidad social y cultural, la poscolonialidad, la diversidad y la hibridación.

Pero el ocaso de los estudios hispánicos también obedece a su propia idiosincrasia, su particular historia, y a la propia obsolescencia del campo del hispanismo tradicional, que de manera particularmente notable en la academia anglosajona ha ido quedando arrinconado progresivamente en el sector subsidiario de servicios académicos, como el resto de las lenguas y las humanidades por las presiones de las administraciones académicas (aunque mucho menos, sin que sirva esto de consuelo, que otras disciplinas de lenguas como el francés, el alemán o el ruso, que van siendo marginales o testimoniales). El hispanismo es heredero de una tradición conceptual decimonónica asociada al imperialismo cultural, de la misma manera que la Hispanidad está asociada con una concepción neocolonial del franquismo. Hispanismo e Hispanidad se han convertido en conceptos cuestionados, con el peso muerto de las ideologías imperiales que sobreviven como fantasmas. Han surgido así intentos de renovación del campo bajo nuevas nomenclaturas como “nuevos hispanismos” o “neohispanismos”, que ofrecen perspectivas más abiertas incorporando nuevos parámetros teóricos más inclusivos (Ortega 2010). Hablar de lo “hispánico” o “panhispánico” como una categoría totalizadora solo da cuenta de una parte de la historia, la imposición de un poder político y administrativo, y de una cultura, una lengua y civilización española, ya que lo luso-brasileño se siente excluido de lo “hispánico”, a pesar de las posibles razones históricas y etimológicas que se pudieran argumentar en su contra. Pero la objeción más importante es que el concepto de “hispánico” no da buena cuenta de todo aquello que representa un exceso de lo hispánico, lo indígena, lo africano, lo prehispánico, o lo infrahispanizado o no hispanizado desde el punto de vista cultural, lingüístico o religioso (Filipinas, las islas del Pacífico y la mayor parte de las ex colonias africanas). Cuando decimos “hispano” o “hispánico” sin matizaciones estamos siempre excluyendo, y a la vez naturalizando concepciones coloniales. Entramos así en la era del poshispanismo.

Frente a la crisis del hispanismo tradicional, desde finales del siglo xx se han venido desarrollando una serie de reorientaciones del campo académico, de sus metodologías, y objetos de estudio, y en este sentido representan una necesaria autocrítica colectiva frente a los fantasmas del pasado. Así, los nuevos estudiosos del hispanismo peninsular, especialmente desde la academia anglosajona, han (hemos) venido realizando una progresiva redefinición del campo de estudio en una doble dirección de interdisciplinariedad y multiculturalidad. Por un lado, se ha ido evolucionando hacia las posiciones críticas e interdisciplinarias de los estudios culturales, como ampliación de las limitaciones de los estudios filológicos tradicionales. Por otro lado, se ha ido produciendo un desplazamiento ha-

cia los “estudios ibéricos”, entendidos como un marco disciplinario más inclusivo y abierto a una visión multicultural y plurilingüe de la diversa realidad histórica ibérica (y en especial las culturas periféricas del Estado español dentro de ese marco), y a formas no canónicas y hegemónicas de las culturas ibéricas.

En segundo lugar, dentro de los estudios ibéricos, o como su suplemento necesario, han surgido los “estudios transatlánticos”, que rebasan las limitaciones geográficas y conceptuales del peninsularismo histórico (Ortega 2001, Gabilondo 2001). Su objeto de estudio es examinar las interrelaciones y prácticas culturales desarrolladas entre las orillas del Atlántico desde una perspectiva teórica poscolonial que abarca lo europeo, lo africano y lo americano. Los estudios transatlánticos suponen un importante descentramiento epistemológico del hispanismo tradicional, resituándose en marcos transnacionales que dialogan con otras disciplinas y tradiciones discursivas, y cuestionan el concepto monolítico de cultura, como han demostrado los recientes volúmenes editados por Tsuchiya y Acree (2016), y Enjuto-Rangel *et al.* (2019).

Ambas transformaciones disciplinarias son importantes y necesarias correcciones complementarias que han revolucionado el viejo campo del hispanismo y han abierto nuevas vías de investigación cultural desde los márgenes y las periferias, las intersecciones e hibridaciones culturales. Sin embargo, los estudios ibéricos y los estudios transatlánticos también tienen sus propias limitaciones conceptuales, sus puntos ciegos disciplinarios y sus propios retos como disciplinas.

En cuanto a los estudios ibéricos, sobresale su relativa falta de rigor conceptual, ya que no tienen una justificación teórica más allá de la geografía naturalizada como ontología, lo cual resulta problemático. Como Gabilondo (2019) ha señalado, en el caso de los estudios vascos, reducirse a un marco ibérico resulta incompleto. Lo mismo tendríamos que decir para los estudios gallegos, marcados profundamente por la diáspora y la transculturación (Colmeiro 2017). Igualmente, nos enfrentamos a la evidente contradicción de crear un campo denominado “estudios ibéricos” frente a la no existencia de Iberia, como realidad cultural, social o política, ya que tanto España como Portugal llevan siglos viviendo de espaldas una de la otra. Además, las modernas relaciones históricas de España con las ex colonias, o con Francia e Inglaterra, han sido mucho más trascendentales que las habidas entre España y Portugal. A esto debe añadirse el general recelo con que los estudios ibéricos han sido recibidos por los especialistas lusos, que tienden a verlos como una posible forma de invasión/apropiación/colonización, como en general consideran su situación minoritaria dentro de los programas de español y portugués en la academia anglosajona. Por otra parte, se constata la realidad de la escasez de iberistas, si por ellos entendemos especialistas de las culturas de los Estados-nación, España y Portugal. Además, y en parte como consecuen-

cia del punto anterior, la mayor parte de los estudios ibéricos de carácter colectivo o programático suelen ser visiones parciales e incompletas, con grandes huecos y asimetrías que tienden a privilegiar las culturas con mayor capital simbólico o político, o estudios comparados desde perspectivas sistémicas que refuerzan la parcelación disciplinaria de las diferentes culturas y lenguas peninsulares. En esto, se refleja también la insularidad e incomunicación de las diversas lenguas y culturas ibéricas, que dificultosamente se interrelacionan entre ellas, y más que una unión de comunidades se asemeja a unos reinos de taifas reterritorializados, como Juan Goytisolo supo vislumbrar. Y, por último, habría que mencionar un problema de “marca” disciplinaria, ya que nadie fuera de los estudios ibéricos, incluidos los administradores, los estudiosos de otras áreas y los millones de estudiantes universitarios en la academia anglosajona que buscan clases de español, saben qué significan los “estudios ibéricos”, lo cual añade un problema de invisibilidad académica.

En cuanto a los “estudios transatlánticos”, una de sus limitaciones principales estriba en que los latinoamericanistas en general no se han incorporado al campo, ya que lo ven con cierto recelo, de manera sospechosa y territorial, como una invasión de su área de estudios, de manera similar a como muchos lusistas ven a los estudios ibéricos. Incluso se ha llegado a afirmar desde los estudios latinoamericanos que los estudios transatlánticos hispánicos son el resultado del impulso del Estado español como una forma de neocolonialismo (Trigo). Así surgen las recelosas preguntas: ¿Por qué los peninsularistas estudian la emigración gallega en Cuba o Argentina? ¿Por qué utilizan conceptos latinoamericanos, como “testimonio”, “romance fundacional”, “frontera”, “transculturación”, “desapariciones forzadas”? ¿No es acaso una nueva forma de apropiación y de colonialismo académico? Hay en todo ello también un cierto problema de fondo de falta de diálogo, de territorialidad académica, de no inclusión y también de “marca” disciplinaria sospechosa.

Por otro lado, los estudios transatlánticos abren nuevas posibilidades de triangulación a la hora de estudiar las relaciones poscoloniales entre Europa, África y América, pero conceptualmente no dan fácil cabida a todo. La relación de España con Marruecos no es transatlántica, sino propiamente transmediterránea y varios países latinoamericanos se consideran geográficamente pacíficos (Chile, Perú, Ecuador, El Salvador), mientras que Bolivia y Paraguay no son técnicamente ni lo uno ni lo otro, por lo que un marco “transatlántico” resulta cuanto menos incómodo. Estas podrían considerarse objeciones menores, pero más importante es la necesaria ampliación de miras de los estudios ibéricos poshispánicos más allá del Atlántico, centrados especialmente en las relaciones históricas y contemporáneas entre España, Latinoamérica y África. Como consecuencia, las relaciones de España con sus ex colonias asiáticas y la presencia

española en el Pacífico han quedado generalmente relegadas al olvido. De este marco transatlántico queda excluida toda la expansión española por Asia y el Pacífico, y singularmente Filipinas, por lo que una importante corrección sería incorporar los estudios transpacíficos a los estudios ibéricos poscoloniales. En definitiva, es necesario recurrir a nuevos marcos transnacionales: no solo europeos y transatlánticos, sino también transmediterráneos y transpacíficos, hasta ahora muy poco frecuentados por los iberistas, con algunas importantes excepciones (Ellis, Martín-Márquez, Tsuchiya).

Lo cierto es que hasta ahora, ni los estudios ibéricos ni los estudios transatlánticos han conseguido afianzarse como una disciplina sólida o dominante, ni en Iberia ni al otro lado del Atlántico, y continúan a la sombra del hispanismo que sobrevive fantasmalmente. Por eso, debemos referirnos a la disciplina del poshispanismo, no solo como un “después de”, sino como una extensión y “superación de”. Un poshispanismo de características transnacionales y globales que contiene y desborda al mismo tiempo los estudios ibéricos y los estudios transatlánticos desde una realidad y un planteamiento poscolonial.

Se hace necesario un nuevo planteamiento más abierto e inclusivo, que supere las múltiples limitaciones heredadas del hispanismo tradicional (monolingüismo, unidisciplinaridad filológica, insularidad, neocolonialismo, elitismo). Esto implica multi/transdisciplinaridad en el objeto de estudio y en los planteamientos teóricos y metodológicos, que recojan perspectivas críticas poscoloniales y decoloniales. Implica también una apertura hacia las culturas populares, subalternas y no canónicas, las identidades periféricas marcadas por contingencias de raza/etnia, clase, género y orientación sexual.

Igualmente, este replanteamiento significa una superación del monolingüismo disciplinario, que revela la larga sombra del hispanismo, constituido fetichistamente en torno a una lengua, solamente en parte corregido por los estudios ibéricos. En un entorno poshispanico transnacional, la lengua española es un marco limitado para recoger la realidad plurilingüe y pluricultural del poshispanismo poscolonial, y más en zonas con las que España ha tenido una relación colonial pero el español no es la lengua dominante, como Marruecos, Sahara Occidental, Filipinas o Estados Unidos, zonas hispanizadas de manera muy desigual, y muy diferentes en sus contextos económicos, políticos, culturales y demográficos, dejando fuera otras lenguas de contacto. Por ello, es importante el cuestionamiento del monolingüismo y del papel hegemónico de la lengua en las relaciones culturales, con el reconocimiento de los cruces de fronteras lingüísticas. Es preciso examinar los procesos transnacionales de choques y negociaciones lingüísticas y culturales, tanto las diferentes lenguas peninsulares periféricas, que los estudios ibéricos han empezado a incorporar, como las lenguas de contacto con otros imperios (particularmente el inglés y

francés), y las lenguas indígenas de las poblaciones nativas, como el tagalo, aymara, maya o bereber.<sup>2</sup>

Este libro ahonda en la perspectiva transnacional y plurilingüe en la que se ha desarrollado la mayor parte de mi trabajo académico desde finales de los años noventa, abogando por una dimensión transatlántica y transpacífica poscolonial para los estudios culturales ibéricos/poshispánicos que atraviesa los límites nacionales. Mi primer trabajo sobre la novela negra transatlántica es de 1997, coincidiendo con el décimo aniversario de la Semana Negra de Gijón DF, y de manera no casual, mis primeras publicaciones sobre la novela-testimonio y película cubanas *Gallego* son de 1997, y mi primer trabajo sobre *Los últimos de Filipinas* se remonta a 1998, coincidiendo con el centenario de la proclamación de la independencia de Cuba y Filipinas. Un hilo conector ha sido el interés por los procesos culturales en las fronteras y las encrucijadas, las identidades marginales y subalternas, y la dinámica de centros y periferias, dentro del nuevo paradigma de los estudios sobre la globalización.

Este interés por potenciar la dimensión global del área de estudios ibéricos se ha reflejado en años más recientes en varios volúmenes colectivos editados, como *Encrucijadas globales. Redefinir España en el siglo XXI* (2015) y *Repensar los estudios ibéricos desde la periferia* (con Martínez Expósito, 2019), y el monográfico coordinado con Michael Aronna “Perspectivas transatlánticas: Manuel Vázquez Montalbán y Latinoamérica” (*MVM: Cuadernos de Estudios Manuel Vázquez Montalbán*, 2020), dentro de los estudios culturales ibéricos. Y más específicamente dentro de los estudios culturales gallegos, las interacciones entre lo local y lo global, lo periférico y central, han sido la motivación de los libros *Galeg@s sen fronteiras* (2013) y *Peripheral Visions, Global Sounds* (2017), así como el número monográfico “Glocal Galicia: Redefining Galician Culture in the Global Age” de la revista *ABRIU* (2018).

El presente volumen refleja esa misma necesidad de ampliar los estudios ibéricos poshispánicos. El libro revisa y desarrolla algunos de los trabajos anteriores anteriormente presentados como ponencias o artículos separados, pero ahora formando parte de una argumentación crítica que permite el diálogo entre ellos, a la vez que añade nuevas investigaciones, que complementan y enriquecen la discusión. De hecho, uno de los grandes alicientes de este proyecto ha sido el descubrimiento y rescate de

<sup>2</sup> Estas interacciones lingüísticas y culturales se harán notar a lo largo de este estudio en películas como *Sin dejar huella* (español-maya), *Baler* (español/tagalo/inglés), *También la lluvia* (español/aymara-inglés), *Para recibir el canto de los pájaros* (español/aymara) o *Todos vós sodes capitáns* (francés-bereber-árabe-gallego), pero también en *Ander* (español/euskera), *Gallego* (español-gallego) o *Costa Brava* (inglés/catalán) o *El dios de madera* (español, francés, wólof), exige realizar las lecturas desde la perspectiva de la traducción cultural.

textos, libros, películas y otros materiales apenas conocidos anteriormente, que iluminan zonas oscuras o simplemente desconocidas. Aunque la intención del presente trabajo no es proporcionar un imposible panorama comprensivo, para lo cual no deberían ser cinco capítulos, sino al menos cinco libros, se examinan las encrucijadas culturales y se apuntan las diversas direcciones en las que se podría y debería avanzar en los estudios ibéricos poshispánicos.

El primer capítulo examina las representaciones cinematográficas de la conquista y colonización española y del final del imperio hispánico en Latinoamérica, África y Filipinas, realizadas tanto desde la metrópoli, como desde las ex colonias, así como las coproducciones transnacionales. Este análisis se realiza a partir de la escena primaria de *Raza*, que instituye la invención del “imperio fantasmal” del franquismo construido sobre la nostalgia colonial, y la *resincronización* del discurso franquista a lo largo de la posguerra. Se rescatan aquí algunas películas muy poco estudiadas del cine imperial franquista (*La nao capitana*, *Correo de Indias*, *Héroes del 95* o *Misión blanca*), que construyen y reflejan el discurso imperial franquista, a la vez que revelan las fisuras ideológicas del mismo. Posteriormente se analizan las revisiones anti-imperialistas realizadas tanto desde el cine español, como desde el latinoamericano y filipino, desde los años ochenta. Junto al análisis de algunas películas conocidas de cine de autor que plantean cuestiones poscoloniales, de emancipación y transculturación desde perspectivas autóctonas y subalternas, como *El Dorado*, *Cabeza de Vaca* o *La otra conquista*, se rescatan aquí también producciones prácticamente ignoradas, como el cine experimental latinoamericano del venezolano Diego Rísquez (*Orinoko, nuevo mundo*; *América, terra incognita*) o la producción metaficcional boliviana de Jorge Sanjinés y su grupo Ukamau (*Para recibir el canto de los pájaros*). De especial interés es la revisión de las relaciones intertextuales, hasta ahora no estudiadas por la crítica, entre *También la lluvia* de Icíar Bollaín y la película de Sanjinés, con la que dialoga de manera creativa e ingeniosa, lo que refuerza la implicación, y las limitaciones, de la producción de Bollaín con el proyecto emancipador indígena latinoamericano dentro de la dinámica neocolonialista de la globalización. Igualmente se examinan dos nuevas versiones del episodio del asedio de Baler, que significa simbólicamente el final del imperio español de casi cuatro siglos, que deconstruyen la versión franquista de *Los últimos de Filipinas* desde perspectivas diferenciadas, una visión española antibelicista y anti-imperialista en 1898. *Los últimos de Filipinas* de Salvador Calvo, y otra muy poco conocida por los iberistas, la visión filipina y poscolonial de *Baler* dirigida por Mark Meily.

El segundo capítulo se centra en las experiencias de desterritorialización provocadas por los exilios cruzados transatlánticos, tras la Guerra Civil y la implantación de regímenes autoritarios en España y Latinoamérica. Dentro de la gran variedad de géneros y perspectivas de la pro-

ducción exílica republicana, nos centramos en varios casos particulares, la escritura de rememoración autobiográfica del diario personal, y dos ejemplos del género ficcional, novela y cuento, que reflejan a su vez, negociaciones culturales de género, de origen, de raza y etnia, de clase y de lugar de enunciación. Se analiza aquí la poco conocida obra de la exiliada Silvia Mistral, nacida en Cuba de familia catalana-gallega y exiliada en México. Su vida fue una experiencia continua de desterritorialización de un lado al otro del Atlántico como resultado de la emigración y del exilio. Su recientemente rescatado diario, *Éxodo. Diario de una refugiada española*, es uno de los primeros y más impactantes recuentos personales de la literatura exílica española, una híbrida mezcla literaria de diario personal y crónica colectiva de la experiencia del desarraigo y del exilio, y el encuentro con la realidad latinoamericana, escrito desde la perspectiva de una mujer. A su vez, su posterior diario poético *Madréporas*, todavía más desconocido por la crítica, dialoga con su tierra de adopción, negociando su identidad de desterrada a través de la figura de la hija nacida en México. Un segundo caso es la obra *La novela del Indio Tupinamba*, del artista y escritor gallego Eugenio Granell, uno de los grandes surrealistas españoles, prácticamente ignorado por la crítica literaria. Granell, exiliado en la República Dominicana, Guatemala, Puerto Rico y Nueva York, ofrece una lectura transnacional e invertida de la Guerra Civil, la posguerra y el exilio, desde la perspectiva descentrada, alucinada y surrealista de dos figuras subalternas por antonomasia de la cultura española: el indio y la gitana. Por su radicalidad conceptual y original brillantez narrativa, la novela de Granell constituye una de las grandes novelas españolas, no solamente del exilio, sino de la posguerra, injustamente olvidada por la crítica académica. El tercer caso se centra en la escritura de Francisco Ayala, uno de los autores canónicos del exilio republicano, sobre una obra (“The Last Supper”) que desde su propio título desborda los marcos habituales, ya que, aunque está escrita en el Caribe, se desarrolla en Nueva York y sus protagonistas son dos mujeres centroeuropeas exiliadas, primero en Latinoamérica y después en los Estados Unidos. El relato refleja la transnacionalidad del exiliado, entre lenguas, naciones, culturas y una acumulación de pasados traumáticos. Mi lectura a contracorriente de esta obra de estirpe grotesca, llena de agujeros negros y elipsis narrativas, sugiere que Ayala escribe en forma indirecta sobre lo indecible e innombrable, la experiencia intransferible del trauma. La última parte del capítulo se centra sobre el exilio latinoamericano en España y las diferencias con respecto a los exilios republicanos. A partir de las reflexiones de Cristina Peri Rossi, abordo el análisis de la obra *Geografías* de Mario Benedetti, un libro que atraviesa fronteras, no solo físicas y geográficas, sino también culturales, genéricas y simbólicas, explorando diversas formas de exilio, insilio y desexilio, y deconstruyendo la lógica de las líneas binarias geográficas y temporales.

Las transnacionalidades conforman el tema central del tercer capítulo, sobre la construcción de identidades transculturadas, negociaciones culturales del viaje y la emigración y el encuentro con el otro. Examinó aquí la novela-testimonio *Gallego*, del cubano Miguel Barnet, uno de los fundadores del género testimonial latinoamericano, parte de la trilogía sobre la formación de la identidad cubana a través de la experiencia de la inmigración. A pesar del estatus canónico de Barnet, *Gallego* es una obra que no encaja bien dentro de las estructuras disciplinarias de los estudios caribeños, latinoamericanos, ibéricos o gallegos, por lo cual se ha visto relegado al olvido de la crítica, a pesar de ser un modelo de la experiencia de la transculturación del sujeto inmigrante subalterno y transatlántico. Se analiza también la adaptación cinematográfica de la novela, realizada por el cubano Manuel Octavio Gómez y completada por el español Benito Rabal, una coproducción gallego-cubana, y uno de los primeros casos de coproducción cinematográfica entre la periferia española y la periferia latinoamericana. El análisis examina dos diferentes versiones descubiertas de la película *Gallego*, con dos montajes diferentes, una realizada en España y otra en Cuba, algo hasta ahora desconocido, que revela las limitaciones y contradicciones de las coproducciones transnacionales, pero también su fluidez y maleabilidad.

La película *Sin dejar huella*, de la directora mexicana María Novaro, ofrece una mirada feminista, poscolonial y transnacional, contra el telón de fondo de las culturas transfronterizas enmarcadas por la globalización. La película se centra en la experiencia del viaje, de la aventura de la carretera, de vidas itinerantes, que tienen algo de exilio y algo de emigración, y mucho de huida y búsqueda de identidad, deconstruyendo los patrones patriarcales del cine de género de carretera. La movilidad física y cultural de las mujeres protagonistas alegoriza procesos de negociación cultural, atravesados por cuestiones de género, clase, y raza/etnia, y finalmente de convergencia y solidaridad transnacional, entre culturas, lenguas e identidades nacionales.

La película de Oliver Laxe *Todos vós sodes capitáns*, el primer ejemplo de cine fronterizo del denominado Novo Cinema Galego, caracterizado por la experimentación formal y conceptual, y por trabajar fuera de los márgenes comerciales y desde la periferia, propone una mirada antipaternalista y decolonial desde los márgenes sobre la otredad magrebí. A través de diversos cruces de fronteras lingüísticas, étnicas, geopolíticas, entre Galicia, París y Marruecos, se representa la experiencia de la emigración, el viaje, el acercamiento al otro y las dificultades de convergencia. La película presenta desde una perspectiva poscolonial un juego de miradas metaficcionales sobre los límites de la representación del otro, la deconstrucción del documentalismo etnográfico, la autorrepresentación y, al mismo tiempo, una exploración de las posibilidades del medio.

En la sección final se examinan las intersecciones de las identidades LGBT y los sujetos inmigrantes en el cine de la España contemporánea, una encrucijada hasta ahora apenas estudiada en los estudios ibéricos, con algunas películas que no han tenido carrera comercial habitual, como *Costa Brava (A Family Album)*, *Ander* y *El dios de madera*. En el análisis de la construcción de relaciones no heteronormativas transnacionales surgen alegorías de nuevos modelos alternativos que reformulan las concepciones nacionales y heteropatriarcales en la era de la globalización. La redefinición del proyecto nacional desde posiciones periféricas tiene desenlaces positivos en *Costa Brava* y *Ander*, películas en las que la relación con lo global-transnacional se desarrolla desde posiciones de nacionalismo cultural autóctono (catalán y vasco, respectivamente), quizás más sensibles a la diferencia y en las que la redefinición de lo nacional es más fluida. Por el contrario, en el caso de *Los novios búlgaros* y *El dios de madera*, ambas desarrolladas en entornos hispanoparlantes en Madrid y Valencia, la frustración de la alegoría nacional sugiere que la diferencia resulta más difícil de asimilar en la comunidad.

El cuarto capítulo analiza el *boom*, y el continuo bumerán, de la novela negra transatlántica de autores españoles e hispanoamericanos, el circuito de influencias y colaboraciones, como un vehículo de investigación de la violencia de la globalización y al mismo tiempo una crónica histórica del presente. Aquí ahondo en la labor pionera del autor catalán Manuel Vázquez Montalbán y del astur-mexicano Paco Ignacio Taibo II, así como su colaboración con el Subcomandante Marcos, en su utilización de la novela de investigación como forma de crítica a la globalización y al poder hegemónico, y a la vez forma de construcción de alternativas solidarias. Analizo igualmente los circuitos transnacionales que han fomentado el género negro hispano, como el festival internacional de la Semana Negra de Gijón, y la creación de nuevos colectivos virtuales, como la novela todavía inédita *Un cadáver asqueroso* del colectivo transnacional Diez Negritos.

El capítulo final se aproxima al campo de la memoria histórica desde un marco comparativo global. Se analiza el efecto bumerán entre las transiciones española y latinoamericanas, y las lecciones aprendidas de manera transnacional sobre las formas de encararse con el legado histórico de los horrores del pasado. Se estudian los movimientos transnacionales surgidos en favor de la memoria histórica en el marco de la globalización y el activismo social al amparo de la jurisdicción universal. Finalmente, se analiza el documental *El silencio de otros*, que refleja los esfuerzos transnacionales de reavivar la búsqueda de justicia por las víctimas de las dictaduras y la formación de comunidades de solidaridad a través del Atlántico.

El libro en sí mismo representa un continuo cruce de fronteras conceptuales, geográficas, culturales y disciplinarias. El análisis sostiene que las fronteras son construcciones delimitadoras, pero también significan

zonas de paso, vías de comunicación, de negociación y de intercambio intercultural (Donnan y Wilson). Las fronteras pueden ser instrumentos útiles estratégicamente para la defensa de identidades locales, minoritarias o subalternas, frente a las presiones estatalistas o supranacionales, neocolonialistas, heteronormativas o patriarcales, pero deben ser porosas, fluidas e inclusivas, para poder ser atravesadas. La frontera, como señala Erín Moure, “está marcada por nuestro pasaje”. Por eso, cuando cruzamos las fronteras, cambiamos nosotros y cambian las fronteras.

\*\*\*

Este proyecto ha significado un constante cruce de fronteras, no solo geográficas, sino también culturales, lingüísticas y académicas. La movilidad geográfica y cultural es una característica de nuestra era global, y ha sido y sigue siendo una parte esencial de mi propia experiencia. Como gallego de origen, quizás no resulte extraño que mi identidad cultural y trayectoria vital hayan sido condicionadas por los cruces de fronteras. Mis abuelos paternos fueron emigrantes al nuevo mundo hace cien años, un tío abuelo emigró a Cuba y después Nueva York y otro fue exiliado en Buenos Aires y París. Mi padre nació en Puerto Rico, y varias generaciones de familiares se han extendido por todo el continente americano, desde Montevideo a Montreal. En la Galicia de mi infancia, La Habana y Buenos Aires resultaban más cercanas que Sevilla o Valencia. Mis primos de Nueva York eran tan reales como los de Vigo o Madrid. Habiendo nacido en Vigo, la ciudad más transatlántica de la España del siglo xx, no es extraño que miráramos hacia el horizonte del Atlántico, más que en cualquier otra dirección.

A lo largo de mi vida académica he vivido y trabajado en diferentes ciudades en tres continentes, y este proyecto de investigación me ha llevado a su vez en múltiples direcciones. El libro efectivamente ha sido el resultado de una serie de viajes y cruces de fronteras. Iniciado en Estados Unidos y terminado en Nueva Zelanda, no habría sido el mismo sin las presentaciones realizadas, los diálogos e intercambios mantenidos en charlas, mesas de discusión y conferencias, en Atlanta, Auckland, Bamberg, Barcelona, Barranquilla, Bayahibe, Birmingham, Braga, Boca Raton, Bogotá, Camberra, Chapel Hill, Chicago, Estocolmo, La Habana, Lansing, Lima, Londres, Lubbock, Madrid, Marburgo, Melbourne, Montevideo, Nueva York, Oporto, Padua, Portland, Poughkeepsie, Puntarenas, Salvador de Bahía, Santa Bárbara, Santiago de Chile, Verona y Wellington. Me considero increíblemente afortunado de haber tenido estas enriquecedoras oportunidades tanto en lo personal como lo intelectual. Desde la perspectiva de abril de 2020, en plena época de confinamiento por la pandemia de la COVID-19, la sola revisión de los itinerarios de viajes de años pasados, se hace hoy casi irreal e impensable. La trágica constatación de que la misma conectividad y movilidad que la globalización nos proporciona

es también la causa de la pandemia que tiene encerrada a la población del planeta en sus casas es profundamente sobrecogedora. Esta realidad ha hecho particularmente visible una de las grandes paradojas de nuestra era globalizada y sin duda nos habrá de hacer reflexionar en el futuro y mover en direcciones que todavía no podemos anticipar plenamente.

Quisiera dar las gracias a todos los amigos y colegas en diferentes partes del mundo que me han ayudado de una manera u otra en este largo viaje. Valoro especialmente las estimulantes conversaciones y comunicaciones mantenidas con Hado Lyria, Vicente Molina Foix, Mark Meily, Benito Rabal, Sébastien Rutés y Manuel Vázquez Montalbán, cuya generosidad de tiempo y dedicación han sido un privilegio y sus perspectivas, extraordinariamente valiosas para mi investigación. Michael Aronna y Joseba Gabilondo han leído y comentado secciones del libro, y les agradezco infinitamente sus oportunas y brillantes observaciones. Agradezco también la oportunidad brindada por Paco Ignacio Taibo II de participar en la Semana Negra de Gijón, así como a los colegas que me han invitado a dar conferencias y participar en coloquios sobre este proyecto o han editado trabajos relacionados con el mismo, todos ellos de diferentes maneras han supuesto grandes estímulos para llevar a cabo esta investigación: Silvia Bermúdez, Alfredo Martínez Expósito, Iris Zavala, Gema Pérez Sánchez, Sam Amago, Mónica del Valle, Bill Nichols, Nuria Godón, Michael Horswell, Anna Caballé, Ken Benson, Jaime Galgani, José Luis Fernández, Jo Labanyi, Tatjana Pavlović, Ulrich Winter, Zulema Moret, Mónica Jato, Rosa María Rodríguez Abella, Donatella Pini, Nicola Gilmour, Richard Hill, Alma Bolón, Pilar Nieva de la Paz, María Francisca Vilches, Jaume Martí-Olivella, Guy Wood, Shelley Godslan, Enrique Rodrigues-Moura, Burghard Baltrusch, Gabriel Pérez Durán, Rogelio Guedea y Helena González. También quiero reconocer a los participantes de diversos foros de discusión académica, el grupo de investigación coordinado por Nuria Godón alrededor del tema “Desbordando fronteras”, la Asociación de Estudios Manuel Vázquez Montalbán, y la Red Internacional de Investigación y Aprendizaje: Memoria y Narración, así como a los estudiantes en mis seminarios de la Universidad de Auckland, la Universidad del Estado de Michigan, la Universidad de Estocolmo, la Pontificia Universidad Católica de Chile y la Universidad de La Salle (Colombia).

Finalmente, aprecio el fundamental y generoso apoyo de la Universidad de Auckland a lo largo de los años, en forma de periodos de sabático, becas de investigación y asistentes graduados. Agradezco igualmente la ayuda prestada por el Centro de Información Documental de Archivos (Madrid) para realizar mi investigación sobre Silvia Mistral, y la amabilidad prestada por la Fundación Eugenio Granell de Santiago de Compostela para la reproducción de las imágenes del artista, y por el Instituto Cubano del Arte e Industria Cinematográficos y el director artístico Félix Murcia para los carteles de la película *Gallego*. A todos ellos mis más expresivas gracias.